
Teilhard de Chardin: una visión dinámica de la evolución cultural

*Hernando De Plaza Arteaga**

Cuando cursaba el cuarto año de bachillerato en el Liceo Francés Louis Pasteur de Bogotá, fui inducido por el capellán del Liceo en la lectura y estudio de las obras del padre Teilhard, lo cual significó para mí, una experiencia intelectual y espiritual de grandes consecuencias benéficas para el resto de mi vida. Desde muy joven tomé contacto intelectual con el pensamiento escrito (en su idioma original) de una de las figuras más grandes de la iglesia católica francesa de este siglo.

Recuerdo todavía el profundo impacto que significó para mi formación filosófica incipiente la lectura del *Fenómeno Humano*, que después de tantos años, continuó releendo y aconsejándoselo a mis estudiantes de ética y filosofía de las ciencias en la Universidad Pedagógica Nacional.

Posteriormente, con entusiasmo creciente, leí *La visión del pasado*, *La aparición del hombre*, *Las direcciones del porvenir*, *La energía humana*, *La activación de la energía*, *El medio divino* y el *Himno del universo*, que considero como las obras más conocidas e importantes del padre Teilhard, además de sus intérpretes y tratadistas, tales como B. Delfgaauw: *Teilhard de Chardin y la palabra de la evolución*; José F. Vital Kopp: *Origen y futuro del hombre*; Georges La Fay: *Teilhard de Chardin, Síntesis de su pensamiento*; H. de Lubac: *La oración de Teilhard de Chardin*, entre otros estudiosos no menos importantes.

* Profesor de Filosofía, Universidad Pedagógica Nacional. Doctor en Jurisprudencia, Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario. Especialización en Derecho Administrativo, Universidad Externado de Colombia. Magister en Filosofía, Universidad Nacional de Colombia.

Utilizando el método analítico-sintético, me propongo realizar una síntesis, previo análisis de las obras ya citadas, del pensamiento filosófico, teológico y científico del padre Teilhard, sin pretender desde luego, abarcar toda su riqueza y profundidad. Sólo pretendo rescatar del olvido injustificado una de las figuras paradigmáticas de la cultura occidental, a fin de que las facultades de filosofía y teología de nuestro país, incluyan en sus programas el estudio de las obras de Teilhard de Chardin, cuya visión del hombre en sentido evolutivo se concilia perfectamente con el mensaje cristiano del Evangelio.

A través de la pluma del padre Teilhard, el hombre adquiere la dimensión crística que es nuestra única esperanza en medio de este mundo convulsionado y hedonista.

Doy las gracias a la Facultad de Teología de la Universidad Javeriana, por permitirme esta publicación en su revista *Theologica Xaveriana*. Con este escrito quiero rendir un homenaje sincero y sentido a la vida y obra de uno de los pensadores más grandes de este siglo y seguramente del siglo próximo: el inolvidable padre Teilhard de Chardin.

INTRODUCCIÓN: UNA VISIÓN DINÁMICA E INTEGRADORA DE LA EVOLUCIÓN CULTURAL

La evolución de la naturaleza, del cosmos y del hombre, en el sentido de su progresiva divinización, constituye el núcleo filosófico-teológico-científico del pensamiento profundo del padre Teilhard de Chardin.

«Pues como en Hegel, también en Teilhard se da -dice Hans Küng-: 1) la superación del dualismo (el esquema de los dos mundos); y la unidad de la realidad; 2) una mundanización de Dios y una divinización del mundo; 3) el pensar histórico-evolutivo y el devenir de Dios»¹.

Su pensamiento metafísico-evolutivo transcurre en el sentido de la biología evolutiva de Darwin, desde la materia y la vida hacia Dios que es el punto de consumación del universo, la vida, la materia y el hombre. Es una cosmogonía vitalista-evolutiva que desemboca en una biogénesis y en una antropogénesis que, a su vez, continúa en una cristogénesis. Su mérito consiste en haber conciliado tres grandes disciplinas: filosofía, ciencia y teología.

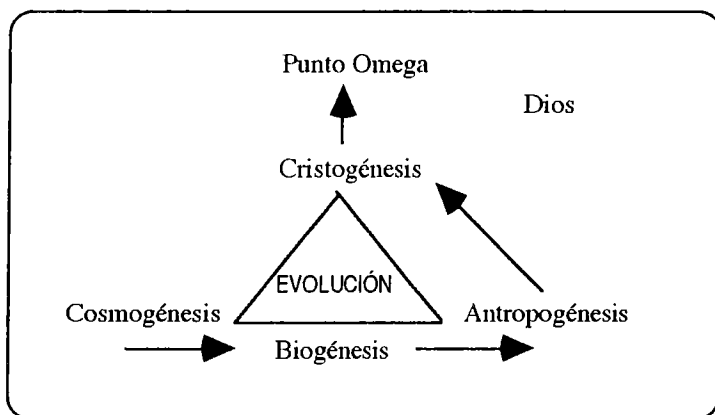
1. KÜNG, HANS, *¿Existe Dios?*, Ed. Cristiandad, Madrid, 1979, p. 243.

Teilhard vio el mundo como un gigantesco proceso evolutivo que transcurre durante millones de años a través de una compleja «interiorización» de la materia cada vez mayor, hacia una madurez y plenitud, de cuyo resultado surgen la vida, la conciencia, la autoconciencia humana y la supraconciencia divina en la que la humanidad trasciende hacia la conciencia cósmica crística.

Es decir, la evolución se da en las siguientes etapas:

Cosmogénesis → *Biogénesis* → *Antropogénesis* → *Cristogénesis* →
Punto Omega

Cuadro No. 1: Dinamismos de la evolución



En las tesis de su profesión de fe, Teilhard de Chardin formula su credo. «Yo creo que el universo entero es una evolución. Yo creo que la evolución tiende al espíritu. Yo creo que el espíritu se perfecciona en lo personal. Yo creo que lo máximo personal es el Cristo Universal².

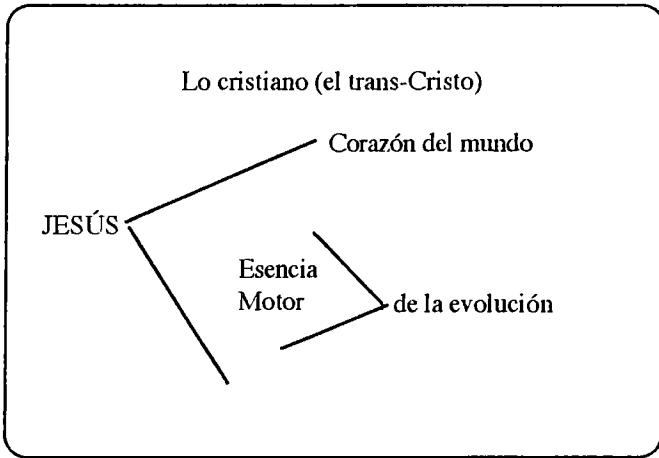
Con otras palabras: la materia evoluciona en el espíritu; lo espiritual toma conciencia de sí mismo en el hombre, y éste realiza la plenitud de su ser en la

2. KUNG, HANS, *¿Existe Dios?...*, p. 245.

Persona del Cristo Cósmico. Aunque Dios se manifieste en el devenir del mundo, es lo que es desde un principio, está en todo presente aunque trascendente al tiempo de este mundo. Dios no evoluciona con el hombre o el universo; Dios es immanente a la evolución porque la impulsa desde «dentro»; a su vez, Dios es trascendente a la evolución porque es el «centro de convergencia de la cosmogénesis» y de la antropogénesis; es su causa final.

Así como a Pascal se le reveló el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, a Teilhard de Chardin se le reveló a los dieciocho años de edad el Dios de la evolución:

Cuadro No. 2: El Dios de la evolución



Se sitúa Teilhard de Chardin frente a dos tesis antagónicas e irreconciliables:

Tesis cristiano-espiritualista: el hombre es un ser creado por Dios a su imagen y semejanza, cuya naturaleza y alma tienen una finalidad sobrenatural, una vez redimido por Cristo del pecado original.

Tesis biológico-materialista: el hombre es el producto de una evolución biológica sin finalidad trascendente, producto superior del reino animal que gracias a la complejidad de la materia y del sistema nervioso central, ha sido capaz de tomar conciencia del mundo y de sí mismo para comprender su condición de ser-para-la-muerte y volver a su origen de materia inorgánica. Ante estas dos tesis, el padre Teilhard nos ha demostrado en su obra la posibilidad de conciliar ciencia y religión, razón experimental y fe reflexiva.

Se trata, como dice Paul Chauchard en su libro, *El ser humano según Teilhard de Chardin*, de:

[...] dos tareas necesarias, pero que dependen de especialistas y de técnicos distintos, la fenomenología científica o la cosmología científica, investigación científica que Teilhard llama la hiperfísica y que necesita un espíritu científico, vuelto hacia lo material, pero abierto a la filosofía y la cosmología ontológica o metafísica, verdadera filosofía de las ciencias, que permanece obligatoriamente como tarea de los filósofos, si bien necesita también para ellos una información científica³.

La visión evolutiva, del padre Teilhard, como venimos sosteniéndolo, no se detiene en el hombre, continúa en sentido convergente hacia el «Punto Omega», en el Medio Divino; la evolución conduce al universo y al hombre hacia un nivel óptico de espiritualización.

Se trata de un nuevo camino que lleva al ser; el camino científico que busca el aspecto material y orgánico-evolutivo del ser, sin que éste pierda su unidad óptica en el devenir.

Abarcando la dimensión completa del fenómeno tenemos que llegar, mediante el sendero de la ciencia, al Ser Divino en toda su plenitud espiritual como fuente absoluta de la energía cósmica y de la evolución.

No deben excluirse, por una parte, la concepción de la estructura ontológica de la realidad del universo creado por Dios; ni, por la otra, la concepción evolucionista dentro de ciertas condiciones biológicas de realización, de ese mismo universo.

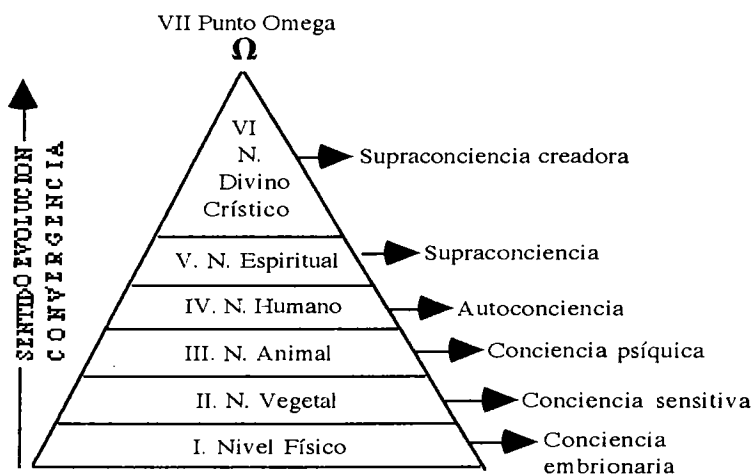
Teilhard parte de un descubrimiento y de su aplicación analógica a todos los seres creados: «en el fondo de nosotros mismos, sin discusión posible, aparece un 'interior', por un desgarrón en el corazón de los seres», lo cual hace suponer que esa dimensión de «interioridad» aparece desde un principio en el corazón del ser en su nivel primario inorgánico.

El «interior de las cosas», como principio primigenio de conciencia (logos, pensamiento, *psiquis*, *eidos*) existe en todas las regiones del espacio y del tiempo

3. CHAUCHARD, PAUL, *El ser humano según Teilhard de Chardin*, Ed. Herder, 1965, p. 18.

y, en todos los niveles de la creación: nivel físico inorgánico, vegetal y animal. Pero esta forma embrionaria de «conciencia» se va desarrollando, se va «centrando», replegando sobre sí misma, en seres cada vez más complejos según la escala evolutiva y de acuerdo con una de las leyes del universo: *ley de complejidad-conciencia o ley de complejificación-centrización*.

Cuadro No. 3



Esta ley nos explica, cómo «la vida no es estructura, sino estructuración fluctuante en perpetua modificación, que por auto coordinación adapta automáticamente estructura y necesidad»⁴, y -agregamos- estructura, necesidad y libertad cuando surge el hombre, el fenómeno humano en medio del cosmos. Esa libertad propia del hombre, sólo es posible cuando la organización permanente de la estructura fluctuante de la vida en la materia, se eleva en su proceso evolutivo progresivo de convergencia hacia un Centro último del universo, a niveles de autoconciencia y espiritualidad.

La vida y la materia se organizan en un sentido de integración cada vez mayor en complejidad por interiorización, hasta desembocar en la conciencia humana y, ésta a su vez, apunta en el presente en dirección a Omega.

4. CHAUCHARD, PAUL, *El ser humano...*, p. 60.

Entre el átomo, la célula y la neurona humana existen diversos planos ontológicos en el sentido de una mayor «centración», «convergencia», y «complejificación», en niveles superiores de integración orgánico-vital de la energía-conciencia.

La metafísica evolucionista del padre Teilhard le da un sentido positivo a la evolución de la vida, la materia y la conciencia para desembocar en una suprema espiritualización del hombre y del mundo.

De todas formas, entre la cosmogénesis y la antropogénesis, se da un fenómeno cósmico de complejificación ascendente (la biogénesis) que hace posible la especificidad humana con su cerebro más complejo, capaz de gobernar la mano, la articulación del lenguaje y la formación del concepto, como la adquisición de la posición bípeda. Del hombre actual al Punto Omega en la cristogénesis, se da un camino todavía muy largo para la humanidad; sin embargo, está comenzando a realizarse un proceso cósmico sin precedentes de aumento y expansión de la conciencia humana hacia formas superiores de conocimiento y comprensión: intuición metafísica, intuición mística, estados alterados de la conciencia en la oración y la meditación.

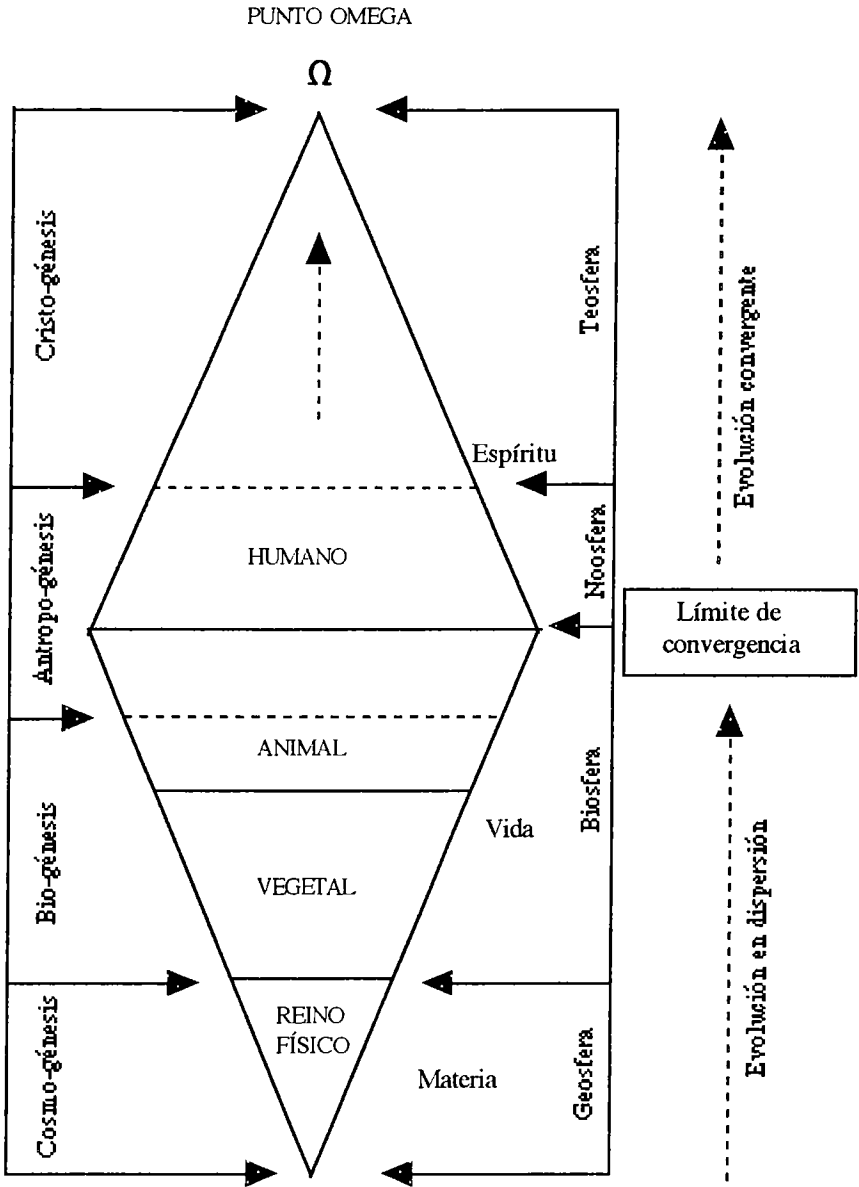
Estos estados de intuición pura logrados en el caso de los místicos, por ejemplo, son capaces de aprehender un nivel de pre-conciencia en las partículas de la materia; de que todo lo que asciende converge; y de que existe una continuidad evolutiva entre la materia (geosfera), la vida (biosfera) y el espíritu (noosfera), relacionada -esta continuidad- con los cuatro grandes períodos evolutivos: cosmogénesis (el mundo), biogénesis (la vida), antropogénesis (el hombre) y cristogénesis (Cristo-cósmico).

Podemos representarnos toda la evolución creadora en el esquema de dos triángulos opuestos por su base, simbolizando los planos evolutivos, y el sentido de la evolución misma en ascenso convergente hacia Omega (*ver cuadro No. 4 en la página siguiente*).

El Punto Omega, Dios-Cristo, es la razón suprema unificadora, centro universal de convergencia de lo humano y de lo cósmico, causa final de la evolución, pero también, esencia sutil pre-consciente inmersa en las partículas infinitesimales de la materia.

El monismo metafísico del padre Teilhard supera el dualismo metafísico de Platón y Descartes al partir de la unidad primordial de materia-vida-espíritu.

Cuadro No. 4: Esquema de la evolución creadora



La materia genera vida; la vida genera espíritu, pero el espíritu como pre-vida y pre-conciencia, está desde un principio oculto, en potencia, en el «interior» de la materia, impulsando la evolución. Es el uno bajo lo múltiple, Dios Creador preexistente al devenir cósmico, y, a su vez, centro gravitacional-espiritual del mundo. Anima a la materia desde «dentro», como punto infinitesimal de energía creadora y atrae al universo desde «fuera», como Punto Omega final del proceso cósmico evolutivo.

Toda la naturaleza a partir de la aparición del hombre (el fenómeno humano), inicia el proceso cósmico de la noosfera (la capa pensante y espiritual), el ascenso convergente de la multiplicidad de los seres hacia la Unidad Divina.

La esfera concéntrica espiritual-pensante de la tierra es correlativa al fenómeno humano cuya evolución continúa en la cristogénesis donde materia, vida y pensamiento convergen hacia un centro de máxima saturación espiritual y energética.

Al hombre le corresponde la dirección del proceso evolutivo más allá de sí mismo, ya que es la creatura dotada de espíritu, autoconciencia, libertad y responsabilidad ética para darle cumplimiento a la ley evolutiva de complejidad-conciencia, superando los obstáculos y factores contrarios que constituyen lo que se denomina el mal o las fuerzas involutivas.

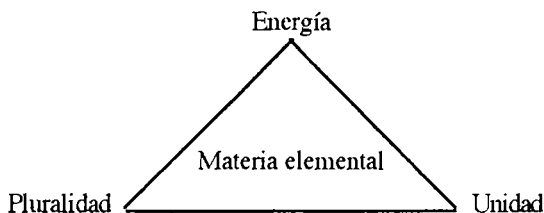
Teilhard de Chardin propone cuatro etapas evolutivas que vamos a analizar a continuación:

1. Cosmogénesis (geosfera)
2. Biogénesis (biosfera)
3. Antropogénesis (noosfera)
4. Cristogénesis (teosfera)

I. COSMOGÉNESIS (GEOSFERA)

Los tres aspectos que conforman la materia elemental: pluralidad, unidad y energía, constituyen los tres principios del cosmos y de su integridad como sistema por su multiplicidad y pluralidad; como todo por su unidad y como *quantum* por su energía.

Cuadro No. 5: Conformación de la materia elemental



La aprehensión directa de las cosas que nos rodean nos indica la multiplicidad de entes que nos envuelven. Entre los dos infinitos de Pascal (lo infinitamente grande-lo infinitamente pequeño) nace, vive y muere el hombre y todos los seres vivos.

El sustrato del universo tangible en número y pequeñez se va disgregando sin límites hacia abajo, dice Teilhard; en número y grandeza, se va acumulando sin límites hacia arriba.

Aunque lo tangible desaparezca en lo infinito-intangible hacia arriba o hacia abajo, la materia revela su fundamental unidad en el espacio y en el tiempo. Desde las partículas infinitesimales (neutrones, protones, neutrinos, electrones, fotones, etc.) hasta los planetas, sistemas solares, estrellas, galaxias y el infinito cosmos, existen leyes universales que determinan un orden racional, una identidad de masa y de comportamiento de los cuerpos, tales que dejan entrever una perfecta unidad del todo creado. Pero además existe un tercer elemento o fuerza que cohesiona, impulsa y expande el universo en el sentido de evolución creadora: la energía. Teilhard de Chardin la define científicamente como, «la medida de lo que pasa de un átomo a otro en el curso de sus transformaciones⁵». Es una «potencia en concentración» depositada como pre-vida y pre-conciencia, en los corpúsculos infinitesimales de la materia, «... ese psiquismo elemental propuesto en nuestra época por Teilhard para dotar a a cada corpúsculo de materia, en vista a ampliar su concepción espiritualista del mundo⁶».

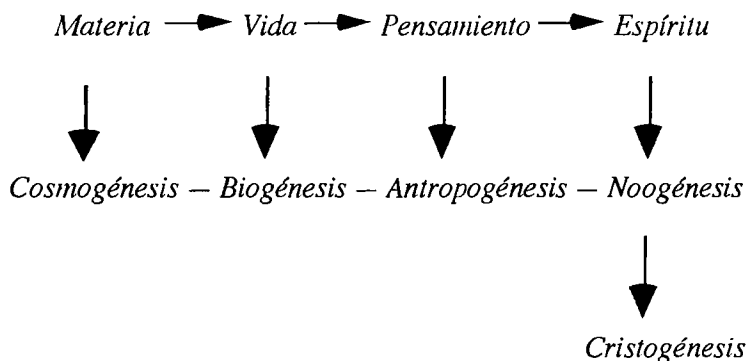
5. TEILHARD DE CHARDIN, PIERRE, *El fenómeno humano*, Ed. Taurus, 1974, p. 56.

6. CHARON, JEANE, *L'esprit cet inconnu*, Ed. Marabut Université, 1989, p. 30. Traducción personal del autor del artículo.

Aquí llegaríamos al extremo de descomposición del universo, donde encontraríamos sin embargo en los *quantum* de energía su fundamento de unidad y de evolución creadora.

Situándonos al otro extremo, el de acumulación, el universo se nos aparece en su estadio máximo de evolución por complejificación en el que las unidades infinitesimales de energía se han transmutado en vida consciente, espíritu y supraconciencia crística-divina.

Esta es la descripción esquemática de la historia del universo material (cosmogénesis) según la ley de complejidad-conciencia de la evolución cósmica. No olvidemos que la «conciencia» -según Teilhard- es una propiedad molecular universal, un «interior» de las cosas, una «energía de naturaleza psíquica», que progresivamente se va centrando sobre sí misma desde los centros dispersos hasta los centros complejos, según esta secuencia evolutiva:



El universo se mueve en el sentido de la unificación-centración-conciencia-espíritu.

[...] un movimiento de enrollamiento de la trama cósmica sobre sí misma, movimiento que arrastra a la materia hacia estados cada vez más complicados y centrados, y el grado de complicación y de centración (es decir, de enrollamiento) viene medido por el aumento de tensión psíquica (conciencia)⁷.

7. TEILHARD DE CHARDIN, PIERRE, *La activación de la energía*, Ed. Taurus, 1965, p. 149.

Agrega Teilhard: «...el proceso de vitalización cósmica podría expresarse de este modo: expansión-Compresión (gravífica)- organización o complejificación (biológica)-centración y emersión (psíquicas)⁸» (*ibídem*, p. 150).

Esta gran necesidad de centración y convergencia hacia un nivel máximo de energía-conciencia, es la respuesta del hombre actual a la revolución copernicana del siglo XVI, a partir de la cual el hombre moderno quedó «descentrado», primero en el universo por la astronomía heliocentrista (Copérnico); después en el reino vivo por la biología evolucionista (Darwin) y más tarde, en el fondo de su subjetividad, por el psicoanálisis (Freud).

Este paso de lo simple a lo complejo, de lo múltiple a lo uno, de lo pre-consciente a lo consciente, de la materia a la vida y de ésta al pensamiento, tiene su fundamento en el espíritu-energía latente bajo la forma de «interioridad psíquica», en las partículas infinitesimales de la materia: «...Energía corpusculizada hacia estados cada vez más elevados de complejidad - conciencia⁹».

Un físico y filósofo de los años setenta, Jean E. Charon, anteriormente citado, reconoce a Teilhard de Chardin como uno de los más importantes precursores de la concepción espiritualista de la materia. Citémoslo una vez más: «Nadie mejor que Pierre Teilhard de Chardin ha sabido darle a esta idea de una 'psiquis' asociada a los corpúsculos elementales de materia una forma tan convincente para el espíritu científico mismo¹⁰».

2. BIOGÉNESIS (BIOSFERA)

Del pulular inicial de seres minúsculos agitándose en las aguas primordiales salió la materia organizada, cuya trama más compleja que la de la materia inorgánica, constituyó la biosfera. La vida propiamente comenzó con la célula. Su simplicidad aparente cubre una estructura atómica complejísima respecto al átomo de la materia inorgánica. Hacia atrás la célula nos lleva a la molécula, pero hacia adelante se

8. TEILHARD DE CHARDIN, PIERRE, *El fenómeno humano...*, p. 150.

9. TEILHARD DE CHARDIN, PIERRE, *ibídem*, p. 323.

10. CHARON, JEAN E., *L'esprit...*, p. 98. Traducción personal del autor del artículo.

transforma en organismos con movimiento y desarrollo propios. Este salto del átomo a la molécula, de ésta a la célula, implica dentro de la cosmogénesis un grado superior de «interioridad-conciencia»: el inicio de la biogénesis que conducirá la evolución hacia la aparición del fenómeno humano.

El acrecentamiento del grado sintético de la materia va acompañado por un aumento de la conciencia centrada sobre sí misma. Así lo explica el padre Teilhard:

Realización *externa* de un tipo esencialmente nuevo de agrupación corpuscular que permite la organización más flexible y mejor centrada de un número ilimitado de sustancias consideradas en todos los grados de magnitud particulares; y, simultáneamente, aparición *interna* de un nuevo tipo de actividad y de determinación consciente; por medio de esta doble y radical metamorfosis podemos ahora definir de manera razonable, en lo que hay de específicamente original, el tránsito crítico de la molécula a la célula, el paso de la vida¹¹.

La vida, gracias a la «ortogénesis» (propiedad de la materia viva para formar un sistema en el seno del cual los términos se suceden experimentalmente siguiendo unos valores constantemente crecientes de centro-complejidad) no se reduce a mera extensibilidad sino que asciende, se expande, se diversifica, se reproduce, y los tipos mejor dotados triunfan en esa lucha de la selección natural, como pensaba Darwin. Se ramifica este ímpetu poderoso vital en clases, órdenes, familias, géneros y especies, según un ritmo de contracción-dilatación-centración.

La vida manifestada en todo el planeta, anunciaba el nacimiento del pensamiento en la actividad del sistema nervioso más desarrollado de los primates.

3. ANTROPOGÉNESIS (NOOSFERA)

Gracias a este proceso cósmico-biológico de convergencia de la materia-vida, surge el pensamiento a nivel de los primates con su función característica de *reflexión*, definida por Teilhard como «...el poder adquirido por una conciencia de reflejarse sobre sí misma y de tomar posesión de sí misma como de un objeto dotado de su consistencia y de su valor particular¹²».

11. TEILHARD DE CHARDIN, PIERRE, *El fenómeno humano...*, p. 112.

12. TEILHARD DE CHARDIN, PIERRE, *Ibidem*, p. 201.

Fenómeno cósmico sin precedentes, el pensamiento en el hombre significa, frente a toda la evolución pasada, un nuevo mundo, un nuevo sentido del movimiento de la materia y de la vida en ascensión constante centrada sobre sí misma, y más allá de sí misma en el lejano horizonte de la noosfera: el centro final, (causa final) de todos los multicentros de los círculos evolutivos en expansión ascendente y psíquicamente centrada: *Omega* = cristogénesis como camino hacia la espiritualización de la materia.

Un hecho físico-biológico precedió al gran acontecimiento del pensamiento humano: el acto del bidepismo que liberó a las manos, pudiendo el cerebro crecer y los ojos, al acercarse al límite medio del entrecejo, empezaron a converger, fijando lo aprehendido por las manos y descubriendo nuevas distancias y horizontes de posibilidad práctica en el espacio vital.

El fenómeno humano es el fenómeno de la hominización o salto individual-colectivo del instinto al pensamiento, a partir del cual se realiza un nuevo rumbo y sentido de la evolución en nuestro planeta: la antropogénesis dentro de la noosfera que es la capa pensante por encima de la biosfera.

El *homo sapiens* viene del tronco común del australopiteco, pitecántropo, sinántropo y hombre de Neanderthal, descrito por los antropólogos: «Cráneo generalmente alargado, frente baja. Orbitas fuertes y prominentes. Prognatismo todavía sensible en la cara. Ausencia ordinaria de fosas caninas. Ausencia de mentón. Molares fuertes, sin cuello distinto entre corona y raíz...¹³» .

Se verifica en el mundo actual un nuevo giro de la evolución de la vida psíquica del hombre: un impulso nuevo de ascensión y expansión de la conciencia, y -con palabras del padre Teilhard-, «...el acceso definitivo de la conciencia hacia un cuadro de dimensiones nuevas, y como consecuencia, el nacimiento de un universo completamente renovado...¹⁴» .

Siempre según la ley de complejidad-conciencia, el universo evoluciona hacia una integración progresiva de materia y espíritu. Desde la cosmogénesis, el espíritu y la materia, se van elevando hacia niveles de mayor integración, hasta la

13. TEILHARD DE CHARDIN, PIERRE, *El fenómeno humano...*, p. 241.

14. TEILHARD DE CHARDIN, PIERRE, *Ibidem*, p. 266.

antropogénesis, en que el fenómeno humano alcanza un grado de complejidad-conciencia tal en la relación espíritu-materia, que surge el pensamiento autoconsciente marcando un nuevo sentido de convergencia y centración hacia la meta última de la evolución: el Punto Omega, el Cristo Cósmico, la materia redimida, el Espíritu de Dios manifestado en la creación.

Toda esta concepción filosófico-científico-teológica de Teilhard, significa la superación del antropocentrismo anterior: el hombre no es el centro último de la evolución; ésta continúa hacia un más allá, hacia un Centro Absoluto en el que la totalidad de lo creado encuentra su última razón de ser.

Dice Teilhard con gran énfasis: «desde el momento en que admite en sí el pensamiento, un universo no podría ser sencillamente temporal ni de evolución limitada: necesita, por estructura, emerger en lo Absoluto¹⁵».

La cosmogénesis, biogénesis y antropogénesis son tres génesis sucesivas del universo que nos demuestran su evolución según la *ley de concentración en curvatura convergente* hacia una nueva síntesis superior de materia-espíritu, de pluralidad-unidad, de hombre-mundo-Dios: cristogénesis que desemboca en el Punto Omega de la creación espiritualizada.

Tenemos pues que considerar hacia adelante la cima máxima de la evolución en la que las tres esferas (geosfera, biosfera y noosfera) se consolidan en un centro de total consumación, y de absoluta complejidad por síntesis final de espíritu-materia: Dios, foco de máxima personalización, perfección última de la unidad en la que convergen todos los centros espirituales del universo; «Centro de conciencia universal radiando en la cima de la evolución».

Con esta metafísica o «ultrafísica», como dice Teilhard, de tipo monista, se superan las falsas oposiciones y los erróneos dualismos entre espíritu y materia, unidad y multiplicidad, alma y cuerpo, para desembocar en una visión mística del mundo y del hombre, alcanzando mediante la evolución el acceso a centros de orden espiritual más elevados. Todo ello desde la única y verdadera concepción de la esencia del cristianismo: «la creencia en la unificación del mundo en Dios por la encarnación¹⁶».

15. TEILHARD DE CHARDIN, PIERRE, *La energía humana*, Ed. Taurus, 1967, p. 44.

16. TEILHARD DE CHARDIN, PIERRE, *Ibidem*, p. 99.

Después de Buda y Cristo, las dos grandes figuras universales que representan las cumbres del espíritu de la cultural oriental y occidental respectivamente, se inicia la génesis final de la evolución del mundo. Podemos representarla como un «cono» de máxima tensión de convergencia de las energías pensantes y espirituales: una metamorfosis cósmica que ya comenzó a operar en los tres aspectos constitutivos del hombre actual: corporal, anímico y espiritual.

Teilhard sienta la hipótesis de que «...existen en el porvenir, otras esferas y en todo caso, un centro supremo en el que toda la energía personal, representada por la conciencia humana, debe ser recogida y supra-personalizada¹⁷».

Aun la muerte, representa para la conciencia individual de la persona, un umbral más allá del cual continúa su propio crecimiento y evolución espiritual dentro de otras esferas suprahumanas de autoconciencia. Al respecto agrega Teilhard: «La sobre-vida tanto como la super-vida, nos espera en la dirección de una conciencia y de un amor crecientes de lo Universal¹⁸».

Toda esta «cosmo-bio-antropogénesis» posee un profundo sentido ético-universal: todos los seres, por el hecho de estar constituidos de materia-espíritu, tienen derecho a evolucionar cada vez hacia centros de mayor complejidad-conciencia.

Queremos indicar que la filosofía, la ciencia y la teología del padre Teilhard de Chardin apuntan hacia una propuesta ético-universal que él resume en tres principios:

— Es bueno finalmente lo que contribuye al aumento progresivo del espíritu en la tierra;

— es bueno fundamentalmente todo lo que procure un crecimiento espiritual de la tierra;

— es lo mejor, aquello que asegure el más alto desarrollo a las potencias espirituales de la tierra.

17. TEILHARD DE CHARDIN, PIERRE, *La energía humana...*, p. 111.

18. TEILHARD DE CHARDIN, PIERRE, *Ibidem*, p. 114.

Y, la ley suprema de esta moralidad abierta:

«Intentarlo todo y empujar todo hasta el final de la dirección de la mayor conciencia-amor. Limitar la fuerza energía-amor, ese es el pecado¹⁹».

Hemos llegado, orientados por Teilhard, a la encrucijada en la que desembocan cuatro caminos del conocimiento:

— Una metafísica monista que entiende la unidad del espíritu-materia, como causa eficiente del universo; y, al Cristo cósmico, como causa final;'

— una *moral universal* que establece como máxima del imperativo categórico de la conducta, todo aquello que garantice y estimule el desarrollo del espíritu en el logro de la conciencia-amor y de la energía-amor;

— una *acción en sentido convergente* que permita al hombre realizar una transformación en sí mismo y fuera de sí mismo, de la materia en espíritu; y

— una *concepción-científica-evolutiva* que parte de la hipótesis de que en el origen del cosmos lo espontáneo y lo consciente, aunque ocultos por estar en un estado de división y dispersión extremas, existen como principio unificador de materia y espíritu, y del impulso evolutivo hacia una concentración creciente de la cantidad de energía-conciencia.

Es importante señalar como común denominador entre materia y espíritu, un elemento considerado esencial para la física relativista y también para la mística universal: la energía. Se trata de la «energía hominizada» que se presenta bajo tres formas: a) energía incorporada, b) energía controlada y c) energía espiritualizada²⁰.

Hemos llegado al umbral de la esperanza: el punto *cósmico Omega*.

19. TEILHARD DE CHARDIN, PIERRE, *La energía humana...*, p. 117.

20. Cfr. TEILHARD DE CHARDIN, *Ibidem*, pp. 125 ss.

4. CRISTOGÉNESIS (TEOSFERA)

Expansión en el espacio y profundización en el espíritu. Crecimiento continuo del radio, traduciéndose por un enriquecimiento continuo del centro... La Noosfera va extendiéndose exteriormente y comprimiéndose interiormente; mas va creciendo necesariamente la potencia que consume para su trabajo y también la potencia que absorbe en su síntesis²¹.

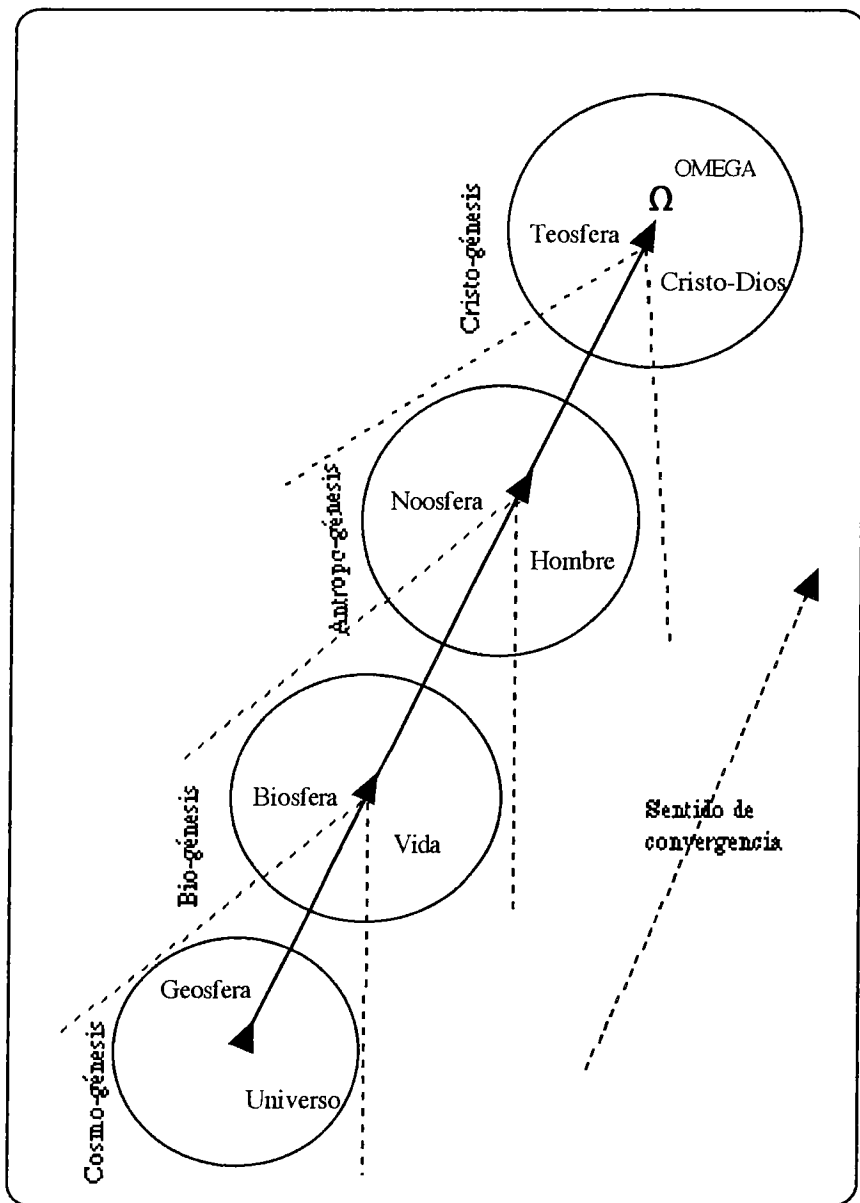
Es necesario concebir este centro último de la noosfera, sin el cual toda la energía cósmica caería en la dispersión y difusión por carecer de sentido y dirección: es un «polo real de conversión psíquica».

Características de Omega

- Motor primero de la actividad humana poseedor de dimensiones universales;
- Ser más de naturaleza sagrada, total y totalizador que coincide con el pleno desarrollo de la energía-conciencia del hombre;
- Forma superior de evolución alcanzada por la humanidad, incorruptible y personal;
- Centro de convergencia psíquica máxima de la noosfera situado ontológicamente en el extremo opuesto de la materia densa antes de su evolución;
- Conciencia única que se refleja parcialmente en las conciencias particulares;
- Síntesis final de unión diferenciadora con personalidad autónoma, punto cósmico por delante del tiempo y del espacio;
- Foco en la cumbre del universo en el que todo converge y del que todo irradia, por ser síntesis del amor universal;
- Límite de la cristificación de la cosmogénesis, la biogénesis y la antropogénesis, en un nivel máximo de espiritualización de la materia en la que la noosfera desemboca en una teosfera. Aquí lo personal y lo universal se unen para distinguirse.

21. TEILHARD DE CHARDIN, PIERRE, *La energía humana...*, p. 149.

Cuadro No. 6: Unificación de los centros en el centro Omega



Teilhard deduce del sentido de convergencia del universo, un principio: *Principio de conservación de lo personal*.

Se da en tres grados:

1º. La ascensión del espíritu en el universo es un fenómeno irreversible. La conservación del grado de personalización adquirido por la evolución de la vida en cada etapa, es sin regresión.

2º Residuo de un cierto *quantum* de energía en estado impersonal, que sirve de reserva al desgaste de la evolución, y que se encontrará entero al inicio del estado de personalización en la noosfera. Conservación sin pérdida de energía.

3º En lo personal supremo de Omega, todas las personas aparecidas en el curso de la evolución, se encontrarán unidas en un espíritu común de amor, pero diferenciadas por su autonomía y su alta conciencia ética. Conservación de lo personal en lo suprapersonal-inmortal: unidad en la pluralidad.

Este principio sólo puede ser apropiado a la actividad de una superconciencia hacia la cual asciende convergentemente la evolución. Por ser conciencia altamente personalizante, participa de la triple propiedad de toda conciencia: «1) la de centrarlo todo parcialmente a su alrededor; 2) la de poder centrarse en sí misma cada día más; 3) la de estar conducida, gracias a esta misma sobrecentración, a reunirse con todos los demás centros que la rodean²²».

El Punto Omega es el Cristo Cósmico en el que el espacio y el tiempo del universo, desde atrás y hacia adelante, convergen de lo impersonal hasta lo hiperpersonal como universal-futuro. Todo el *quantum* de conciencia acumulada a lo largo de la cosmogénesis, la biogénesis y la antropogénesis, se adiciona y se contrae en el centro de la teosfera donde cada conciencia individual llega a ser más ella misma y, distinguiéndose de las demás, conserva la plenitud de su personalidad.

«Por su propia estructura el *Omega*, considerado en su principio último y esencial, no puede ser otra cosa que un centro distintivo que irradia en el corazón de un sistema de centros²³». Es decir, es un foco central necesariamente autónomo y, por

22. TEILHARD DE CHARDIN, PIERRE, *El fenómeno humano...*, p. 313.

23. TEILHARD DE CHARDIN, PIERRE, *Ibidem*, p. 317.

lo tanto, plenamente personal, pero al mismo tiempo universal: es el Punto Máximo de síntesis de lo espiritual, que integra en su ser todas las esferas por sus centros respectivos: geosfera, biosfera, noosfera y teosfera.

El dualismo metafísico de materia y espíritu, cuerpo y alma, sujeto y objeto, sensibilidad y razón, queda superado en un monismo metafísico de energía-conciencia-suprapersonal de Omega. Teilhard denomina la realización de Omega como:

El fin del mundo: revuelta interior en bloque sobre sí misma de la noosfera, llegada, de manera simultánea, al máximo extremo de su complejidad y de su centración.

El fin del mundo: reinversión de equilibrio, separando al espíritu, ya totalmente construido, de su matriz material, para así hacerlo descansar, entonces con todo su peso, en el seno de Dios-Omega.

El fin del mundo: punto crítico, a la vez, de emergencia y de emersión, de maduración y de evasión²⁴.

Esta realización es a nivel cósmico por la magnitud de energía-conciencia centrada en este punto en el que se consuman lo universal y lo personal de cada ser pensante y, donde fluyen lo inmenso y lo ínfimo, lo complejo y lo simple de cada elemento creado. Este Punto Omega Crístico, por ahora tan alejado del estado actual de la humanidad terrestre, sin embargo se refleja con irradiación de amor en los espacios de lo que Teilhard llama: «el medio divino». Lejos en el futuro incierto, pero tan cerca de nosotros, que nos envuelve por fuera y nos ilumina por dentro.

El medio divino es la materia rescatada por Dios en la encarnación del Hijo, y considerada por Teilhard como «la santa materia», con esencia espiritual. Así lo expresa:

La materia será pues para nosotros, el conjunto de las cosas, de las energías, de las criaturas que nos rodean, en la medida en que éstas se presentan a nosotros como palpables, sensibles, «naturales» (en el sentido teológico del término). Será el

24. TEILHARD DE CHARDIN PIERRE, *El fenómeno humano...*, p. 348.

medio común universal, tangible, infinitamente móvil y variado, en cuyo seno vivimos sumergidos²⁵.

Teilhard recuerda a san Pablo y a san Juan al decir que *Omega*, realidad suprema, es la «repleción cuantitativa y la consumación cualitativa de todas las cosas; es el misterioso pleroma donde el uno sustancial y lo múltiple creado se unen sin confusión en una totalidad que, sin añadir nada de esencial a Dios, será no obstante una especie de triunfo y de generalización del ser²⁶».

Suprimamos este Omega Divino y toda la estructura convergente de la creación se desmorona inmediatamente quedando en su lugar una nada absoluta. «El mundo sería incoherente en sí mismo si Cristo no estuviese al tanto para centrarle y consumarle²⁷».

La multiplicidad de la materia se consume en la unidad del espíritu a través del movimiento de convergencia universal del mundo. Y, este espíritu en toda la unidad de sí mismo, vuelto sobre sí al término de la evolución, habiendo consumado lo múltiple de la materia, es el Dios-Cristo-Omega como centro absoluto de todos los centros relativos, término de la ascensión unificadora de todo el esfuerzo espiritual del mundo, super-persona o hiper-centro de un orden ontológico superior al de los centros o personas relativos o particulares.

Afirma Teilhard: «Dios aparece como el Centro Supremo en que se organiza la multiplicidad inferior, el foco donde la materia se consume en espíritu²⁸».

El espíritu no se opone a la materia. Esta, por el contrario, se consume, se perfecciona, se transfigura en el espíritu a través de la evolución, cuyo eje y dirección conducen a Omega, el Cristo-Dios Cósmico.

El hombre, la mónada humana comprometida en este gran fenómeno evolutivo hacia niveles superiores del ser, a su vez, debe adquirir también su centro propio,

25. TEILHARD DE CHARDIN, PIERRE, *El medio divino*, Ed. Taurus, 1967, p. 108.

26. TEILHARD DE CHARDIN, PIERRE, *Ibidem*, p. 130.

27. TEILHARD DE CHARDIN, PIERRE, *Las direcciones del porvenir*, Ed. Taurus, 1973, p. 36.

28. TEILHARD DE CHARDIN, PIERRE, *Ibidem*, p. 74.

su esencia particular, «... la profundización del Centro de su ser», en lo que Teilhard ha llamado: «Los tres tiempos de la personalización».

Tres fases, tres pasos, tres movimientos sucesivos y conjugados pueden reconocerse, si se somete a examen el proceso de nuestra unificación interior, es decir, de nuestra personalización. Para ser plenamente él mismo y vivir como tal, el hombre tiene que: 1) centrarse sobre sí; 2) descentrarse sobre 'el otro'; 3) sobre-centrarse en uno más grande que él²⁹».

1º *Centración sobre sí*: el hombre busca el centro de su propio ser, o mejor, lo construye en la apropiación del conocimiento, la práctica de la ética universal y el perfeccionamiento de su corporalidad;

2º *Descentración sobre el otro*: gracias a la unión con los demás seres humanos y por el respeto de las criaturas vivientes, el hombre puede desarrollar mayores niveles de conciencia, mayor capacidad para amar y comprender lo que le rodea; la vida, según la ley de complejidad creciente;

3º *Sobre-centración en un ser más grande*: la esperanza de que nos aguarda un centro de orden superior más allá, y por encima de nosotros mismos, que brilla por concentración máxima de energía-amor, iluminando desde un principio el universo (*ver cuadro No. 7 en la página siguiente*).

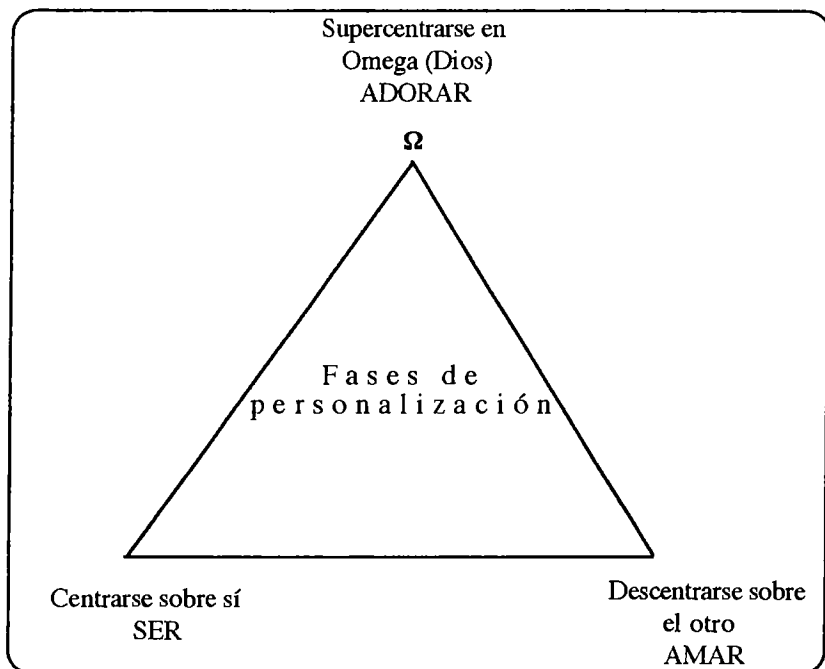
Simultáneamente, se dan tres actitudes ante la vida y los seres que nos rodean:

1. Centrarse sobre sí mismo para *ser*.
2. Descentrarse sobre el otro para *amar*.
3. Super-centrarse sobre el Ser Divino para *adorar*.

Con base en estos planteamientos, Teilhard ha construido una «*ética de la felicidad*»; felicidad de crecer, de ser cada día sí mismo, en el progresivo autoconocimiento de sí y del otro; felicidad de amar, de darnos a los demás; felicidad superior que exalta nuestro ser espiritual a las cimas de la contemplación y adoración de aquel Ser Divino, Cristo-Omega, Cristo Cósmico, Totalidad en la que nos perdemos para encontrarnos perfeccionados en la comunión con la Suprema Perfección.

29. TEILHARD DE CHARDIN, PIERRE, *Las direcciones...*, p. 104.

Cuadro No. 7: Los tres tiempos de la personalización



El pensamiento filosófico, científico y teológico del padre Teilhard de Chardin converge en una ética universal de fe y esperanza, necesaria en el mundo actual.

En la actualidad se diría que la masa de la humanidad, bajo la influencia de nuevas concepciones evolutivas, se orienta hacia una moral de esfuerzo y unión (es decir, de movimiento y de ideal) ligada a una metafísica en la que el universo se descubre como un «*quantum*» de energía psíquica orientado hacia estados superiores de conciencia y de espiritualidad³⁰.

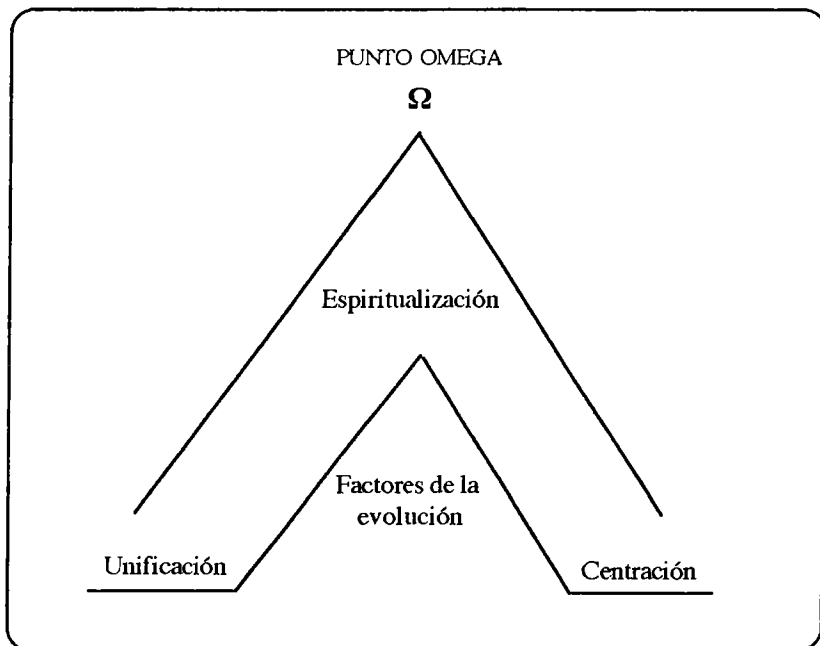
La metafísica evolucionista de Teilhard significa un acto de fe en el hombre y en la vida, bajo una concepción humanista del cristianismo: «En el estadio en que hoy nos encontramos de la antropogénesis, parece evidente que en el interior de las potencialidades humanas de exploración se manifiesta una especie de aproximación y de concentración³¹».

30. TEILHARD DE CHARDIN, PIERRE, *Las direcciones...*, p. 117.

31. TEILHARD DE CHARDIN, PIERRE, *Ibidem*, p. 127.

Este sentido, esta dirección del universo hacia adelante en progresiva concentración material, psíquica y espiritual sobre sí mismo y más allá de sí mismo, mediante el fenómeno humano, se realiza según la ley cósmica de complejidad-conciencia, y de acuerdo a tres factores constantes de la evolución: unificación, centración y espiritualización.

Cuadro No. 8: Tres factores constantes de la evolución



El Punto Omega, reafirmémoslo una vez más, es el Centro de convergencia total universal y personal en sumo grado de la evolución del universo; polo último y autosuficiente de conciencia plenamente unificada, centrada y espiritualizada; trascendente al mundo por ser absolutamente único y perfecto en la unidad de las Tres Personas, pero a su vez inmanente al mundo al darle desde su «interior» la ley del sentido de su evolución.

Su existencia queda postulada por tres razones:

1. Por *razón de irreversibilidad*, el movimiento de complejificación y centración cósmica, una vez comenzado, (acto de creación) no puede detenerse; y por el

contrario, continúa en sentido progresivo hacia adelante en formas de mayor plenitud, hasta lograr la supercentración en el Omega-Crístico;

2. Por *razón de polaridad*, porque el universo marcha, no en sentido de una disgregación de sus elementos y partículas elementales, sino por el contrario, hacia un polo de sobre-saturación energética en el que el Todo recoge sobre sí lo diverso y múltiple, pero reafirmando su esencia individual;

3. Por *razón de unanimidad*, ya que la agrupación céntrica de los elementos humanos reflexivos unos sobre otros, requiere el amor y la simpatía, como fuerzas necesarias de atracción y crecimiento espiritual, individual y colectivo. Este amor entre los seres emana de una fuente superior que es energía-amor absoluto, manifestada en el acto creador pero que al mismo tiempo irradia desde Omega, atrayendo toda la creación.

Concluamos este ensayo con las palabras de Teilhard:

Una fenomenología del enrollamiento que desemboca en la noción de super-reflexión. Una metafísica de la unión que culmina en la figura del Cristo Universal. Una mística de centración que se resume en la actitud total y totalizante de un amor de la evolución. Super-humanidad coronada por un super-Cristo, principio a su vez de una super-caridad. Así es como se manifiesta, a nuestro pensamiento, a nuestro corazón, a nuestra acción, en sus tres caras coherentes y complementarias, la unicidad orgánica de un universo convergente³².

32. TEILHARD DE CHARDIN, PIERRE, *Las direcciones...*, p. 179.

BIBLIOGRAFIA CONSULTADA

Obras de Pierre Teilhard de Chardin

La activación de la energía, Ed. Taurus, Madrid, 1965.

El medio divino, Ed. Taurus, Madrid, 1967.

La aparición del hombre, Ed. Taurus, Madrid, 1967.

La energía humana, Ed. Taurus, Madrid, 1967.

La visión del pasado, Ed. Taurus, Madrid, 1967.

Himno del universo, Ed. Taurus, Madrid, 1971.

Las direcciones del porvenir, Ed. Taurus, Madrid, 1973.

El fenómeno humano, Ed. Taurus, Madrid, 1974.

Obras de otros autores

CHAUCHARD, PAUL, *El ser humano según Teilhard de Chardin*, Ed. Herder, Barcelona, 1965.

CHARON, JEAN E., *L'esprit, cet inconnu*, Ed. Marabout, Belgique, 1977.

DELFGAAUW, B., *Teilhard de Chardin y el problema de la evolución*, Ed. Carlos Lohlé, Buenos Aires 1966.

KÜNG, HANS, *¿Existe Dios?* Ediciones Cristiandad, Madrid, 1979.

LA FAY, GEORGES, *Teilhard de Chardin síntesis de su pensamiento*, Ed. Sígueme, Salamanca, 1967.

LUBAC, HENRI DE, *La oración de Teilhard de Chardin*, Ed. Estela, Barcelona, 1966.

VITAL KOPP, JOSEF, *Origen y futuro del hombre*, Ed. Herder, Barcelona, 1965.